

Ediciones  Embrujo

Nerea Araujo

Entre Fuego y Cenizas



Título original: Entre fuego y cenizas

© de la obra: Nerea Araujo, 20219

© de la edición: Ediciones Embrujo, 2021

Segunda edición: abril 2021

Edición: Ediciones Embrujo

ISBN: 978-84-123530-3-7

Depósito legal: AL 1161-2021

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España - Unión Europea

*Para ti, mamá, y para ti, papá,
donde quiera que estés. Gracias
por todo el apoyo que me dais.*



Estaba sentado en las gradas del instituto, solo, pensativo y fumándome un cigarro mientras no dejaba de pensar en el maldito accidente. Nunca imaginé que una sensación tan desagradable llegara a cambiar mi vida.

Si mi padre, al menos, no hubiera obligado a mi madre a irse esa tarde con él, después de pegarle la gran paliza, no estaría muerta.

«¡Cómo te echo de menos, mamá! Me pregunto, una y otra vez, por qué reaccioné así y por qué no lo detuve. Vi cómo actuaba en todo momento, joder, tenía que haberle parado. De ese modo, nada de esto habría sucedido. ¿Qué fue lo que no me dejó reaccionar?, ¿miedo? Siempre pensé que era fuerte, quizá no lo era ..., quizá no lo era tanto como creía; sé que reaccioné de una manera extraña en el accidente, pero antes... ¿tuve miedo?, ¿a qué? No lo sé; y ¿qué es el miedo?, ¿cómo ese sentimiento pudo hacer que tuviera una reacción tan nefasta?, ¿cómo pudo mi acción cambiarlo todo? Ahora ya no hay vuelta atrás, pasó lo que no debería haber pasado; gracias a mi reacción, a mi miedo

y mi cobardía; sé que no fue culpa mía, pero viviré con ello el resto de mi vida».

Miré al cielo, sé que me vigilaba de cerca: siempre estaba conmigo. No debí tomar este camino, pero ahora ya era demasiado tarde para mí, le hablaba a ella. Me encontraba absorto en mis pensamientos cuando, de repente, la voz de una chica me sobresaltó. Permanecía de espaldas, así que me giré y la vi acercarse a mí poco a poco, con precaución. Era ella, la chica por la que bebía los vientos. Solo hacía un mes que la conocía, pero causaba que interiormente tuviera ese sentimiento. «¿Será amor?, no, solo me gustaba». Se agarró un mechón de ese precioso pelo que me encantaría ser yo quien lo tocara, y susurró tímidamente:

—Hola, Mark, ¿qué tal? ¿Te encuentras bien? — Sara era una chica guapísima. Rubia, de pelo lacio que brillaba tanto como el sol y ojazos verdes. Dios, sus labios gruesos me tenían loco... Era compañera de clase de Luis, uno de mis mejores amigos.

«¡Ostras! Luis, ni me acordé de ti».

—Hola, Sara. Nada, estaba pensando en mis cosas. ¿Qué te trae por aquí? —Me hice el duro, no quería que viese que me sentía débil, no era mi estilo, aunque acabara de darme cuenta de que sí lo era.

—Solo vengo a decirte que Luis te está esperando como todos los días, como no ibas... Se ha preocupado bastante, siempre eres muy puntual y me ha mandado a buscarte. Me imaginaba que estarías aquí, sé que es tu lugar favorito en el instituto. —Me guiñó un ojo y sonrió.

«¿Cómo sabía que era mi lugar favorito? Qué observadora, me encanta esta chica. Tendré que invitarla algún día a dar un paseo, igual ella siente esto mismo que yo... No, imposible, ¿cómo se va a fijar en mí? Es preciosa, yo en cambio... soy un tío normal».

—Gracias, guapa. —Me miró con esa cara de tímida y se sonrojó al decirme:

—No estaréis tramando algo, ¿no? No os conviene. Ya sabes lo que puede pasar: mi padre es poli... —No le dejé terminar la frase.

«Sí, por desgracia, tu padre es poli; algún defecto debías tener, aunque me sigues gustando una barbaridad».

Le sonreí y le guiñé un ojo. Me fui cagando leches en busca de mi amigo y, allí, plantada la dejé, radiante, en las gradas que tanto me gustaban para desconectar, para pensar y pasar mis ratos de reflexión.

«Sí, definitivamente, la voy a invitar», iba pensando de camino.



Mark

5 de octubre de 2008

Fuentidueña de Tajo (Madrid)

Fran las siete de la mañana. Como todos los días, me levanté de la cama, me senté en el borde y me desperecé, bostecé y miré a mi alrededor buscando mi ropa.

«¿Dónde la he puesto? Creía haberla dejado justo aquí, en la silla del escritorio».

Fui directo al aseo y allí estaba mi ropa, doblada como cada mañana. Cosa de mi madre. Preparé el baño y me pegué una ducha rápida, me vestí y salí a toda máquina; nunca llegaba tarde.

Bajé las escaleras para ir directo al salón, en el que me encontré a mi madre tan tranquila, sentada en el sofá haciendo punto, se levantó al verme.

—Buenos días, cariño —dijo risueña, y, sin más, se dirigió a la cocina para traerme un café y unas galletas. Aunque, la verdad, no me apetecía en absoluto desayunar aquella mañana.

—Gracias, mamá, pero no me apetece —comenté con desgana con una mala sensación, un mal presagio...

—Tienes que comer algo, cariño, te vas a quedar flaco —habló con preocupación.

«¿Y para qué sirve estar gordo? Me gusta cómo soy y cómo estoy...».

Mi madre, siempre se preocupaba por todo, en especial de si comía o no; como todas las madres, supuse.

Vivía muy cerca, en una casa con terreno, al lado del instituto, y odiaba la impuntualidad; siempre llegaba con tiempo de sobra. Le sonreí antes de darle un beso en la mejilla y me despedí de ella.

—De verdad, mamá, si me paro a desayunar no llegaré, y ya sabes que no me gusta nada la impuntualidad. Te agradezco de corazón que me hayas preparado este delicioso café. Lo que sí voy a llevarme son unas galletas de estas tan ricas que haces para el camino, luego nos vemos —le dije intentando convencerla.

—Vale, cariño, que todo vaya bien. —Me regaló una de sus preciosas sonrisas y me hizo un gesto, muy de ella, con la mano para despedirse de mí. La quiero con locura.

El instituto en el que estudiaba estaba muy bien, contaba con un gran aparcamiento, pues no toda la gente tenía el privilegio de vivir tan cerca como yo. Era enorme, con la fachada de ladrillo visto y grandes ventanales. El patio resultaba bastante amplio, y había buenas instalaciones y una cafetería, que yo apenas usaba. Las aulas estaban provistas de todo tipo de material y era imposible perderse, aunque había muchos pasillos. Todas las aulas tenían su identificación en la puerta para no equivocarse y entrar en el espacio que no debías.

Me fui derecho a las gradas que había en la parte trasera del patio del instituto, a evadirme un rato, como todos los días antes de entrar a clase. Aquel día daban mi asignatura favorita: Informática.

Las ocho menos cuarto, llegaba la hora de entrar, así que recogí mis cosas y me dirigí a la entrada. Subí las escaleras tranquilo y, mientras paseaba por el largo pasillo en dirección a mi aula, me percaté de que allí estaba ella... No sabía ni su nombre, pero era preciosa, mi chica rubia. Pasé a su lado, la miré, me miró y nos sonreímos.

«Esa es la clase de Luis, tendré que preguntarle por ella a ver si la conoce».

Entré en mi aula sin más dilación y me coloqué en la mesa que me correspondía.

«Bueno, a ver qué nos cuentan hoy...».

Llegó la profesora, nos saludó con seriedad.

—Buenos días, os informo de que mañana a esta misma hora os haré el primer examen para ver en qué nivel estáis cada uno de vosotros.

Un compañero levantó la mano, la profesora le dio permiso y preguntó:

—Este examen, ¿contará para nota o solo es una prueba para ver el nivel?

La profesora lo miró con cara conciliadora, se veía que el chaval estaba nervioso.

—Chicos, relajaos, solo se trata de ver en qué punto estamos a principios de curso. La prueba será sobre Word, tendréis que hacer una página web y manejar Excel.

«¡Puf! Eso está chupado. ¿Cuánto hace que sé manejar Word y Excel? ¡Menudo nivel, tienen todos estos! Yo debo ir como dos o tres años por delante, ¡menudo aburrimiento! Tendré que hacer algo para lucirme en el examen y sorprenderla; a ver si, con un poco de suerte, me pasan de curso».

La clase transcurrió con normalidad, esa y todas las demás. Tocaron el timbre de salida y ya estaban, en la puerta, esperándome Luis y sus coleguitas. No me gustaban mucho los amigos con los que se juntaba; era un buen tío y esas amistades lo perdían por completo. ¿Qué estarían tramando? Menos mal que me tenía a mí para apartarlo un poco de ellos...

—¿Qué tal? —le saludé como siempre, puño con puño, pero con cara de preocupación. No me sentía nada cómodo con esos...

—Bien, ¿te vienes con nosotros a tomar unas birras?

«¿Unas birras, en serio? Mejor te vinieras al gimnasio...».

—No, tío, me voy derecho a casa a recoger mis cosas para ir al gimnasio. Pensaba decirte si me acompañabas, así te mantienes también un poco en forma porque lo necesitas, ¿eh?

Le agarré de la molla que se intuía por encima de aquella camiseta tan hortera que llevaba.

—¡Ay! —se quejó con una mueca de dolor exagerada—. Vale, prefiero ir contigo. Quedamos a las cuatro, ¿te parece?

«Genial, le ha parecido una buena idea. Mejor, así tampoco estaré solo, no me apetece mucho...».

—¡Estupendo! Nos vemos —me despedí con una gran sonrisa en mi rostro.

—Espera, quiero presentarte a alguien —me agarró, sorprendiéndome.

—Sara, Sara, ven —la llamó, alzando la voz.

«¡Hostia, es ella! ¿En serio me la va a presentar? Genial, ya iba siendo hora, con las ganas que tenía».

La miré con cara de tonto, se me plantó una sonrisa en la cara como si no hubiera visto a una tía buena en la vida... Se acercó para llegar junto a nosotros, mi corazón latía a mil por hora.

«¿Me están dando taquicardias? Esto no es normal, ¿no? ¿Por qué me pongo así? Es una chica; bueno, es mi rubia, no es lo mismo».

—Sara, quiero presentarte a un colega: Mark.

Nos presentó, señalándome.

«¡Menuda chica! Es guapísima, mi chica rubia; no la había visto de cerca. ¡Menudos ojazos! Y esos labios, ¡por Dios!, deberían ser pecado».

Nos besamos en la mejilla.

«¡Hostia! ¡Qué labios más suaves! Me lo parecían, pero no tanto. ¿Y qué ha sido eso? Electricidad recorriendo mi cuerpo al rozarlos con mi mejilla. ¡Uf! Estoy muy mal, ¿eh? ¿Por qué pienso así? ¡Es que encanta esta chica!».

Observé a mi amigo de soslayo.

«¡Qué calladito se lo tenía, aquí, el colega! Ya le pillaré, ya... Esto se cuenta».

—Encantado de conocerte, guapa —la saludé haciéndome el importante.

Nos despedimos y me fui a casa.

—Hola, mamá, ¿dónde estás? —grité al entrar.

«No se escucha nada, ¡qué raro!».

—Hola, estoy en la cocina, hijo.

«¡Ah! Sí que está en casa».

—¿Cómo ha ido todo? ¿Dónde está papá? No lo he visto tampoco esta mañana al irme a clase, ¿ha salido? —le pregunté con extrañeza.

—Sí, todo bien. Tu padre ha salido esta mañana bien temprano, me ha dicho que tenía cosas que hacer. No sé qué sería, la verdad; ya sabes que nunca ma-druga desde que está jubilado.

Parecía preocupada, y no era nada extraño pues yo también lo estaba, y ahí noté de nuevo esa sensación, como si fuera a pasar algo, no sé...

—Ya, sí que es raro, sí. Bueno, mamá, voy a preparar las cosas para ir al gimnasio. Si necesitas algo, ya sabes, llámame, ¿vale? Que, en un abrir y cerrar de ojos, estoy de vuelta —manifesté algo preocupado. No se me quitaba esa sensación.

Hizo un gesto de afirmación. Sabía que ella tampoco estaba tranquila, lo sentía. Le di un beso en la mejilla y me fui derecho a la habitación descalzo; era una de mis manías. Caminaba mucho más cómodo.

«Es un cielo, tengo suerte de tener una madre como ella. Es perfecta y la quiero con locura».

Cada vez que la miraba, creía parecerme más a ella, que, a mi padre, en todos los aspectos; físicamente era guapísima. Tenía la tez morena y los ojos algo rasgados, como yo; el pelo tan negro y lacio como el mío; y sus ojos de color negro y mirada dulce. De mi padre quizás haya heredado esa tenacidad, su cabezonería y su fuerza. Los dos teníamos ese porte de chulitos, pero nos considerábamos buenas personas.

Hacía tiempo tirado en la cama, abstraído en mis pensamientos, cuando escuché unas voces que provenían del patio de la entrada. Me pareció oír abrirse el portón y, a continuación, el ruido del motor del coche de mi padre, así que me levanté extrañado y me acerqué a la ventana.

Mis sospechas se confirmaron al ver el coche de mi padre mal aparcado delante de la casa. Abrí la ventana y me asomé un poco más, y ahí estaba, llegando a la puerta. Parecía... ¿borracho? Hay que joderse. Mi padre, ¿borracho? ¡Si nunca bebía!

—¡Ana! —gritó—. Ana, ábreme la puerta, anda... ¡Que me abras, joder!

La golpeaba con fuerza; lo escuché algo cabreado, dándole patadas y puñetazos. Mi madre le abrió, después le dijo:

—Pero bueno, ¿qué coño haces? ¡Vas a romper la puerta! —se expresó con enfado—. ¿Estás borracho?

La agarró del pelo sin más, tiró de ella, la acercó al coche y le dijo:

—¡Cállate, joder! Entra en el coche —exigió con ímpetu—. Quiero que vengas conmigo.

—¡No, no! Suéltame —escuché atentamente cómo le suplicaba—. No pienso ir a ninguna parte contigo en el estado en el que te encuentras, ¿estás loco o qué? —salieron sus palabras con rabia, pero con lágrimas en los ojos, vi el reflejo de ellas con la claridad del sol.

—Vaya si vienes —reiteró en tono autoritario.

Le dio un buen bofetón, tiró de ella y se cayó al suelo.

«¡Joder! Pero ¿qué cojones le pasa? ¿Está loco o qué?». La rabia contenida quiso salir a la luz, respiré agitadamente, mientras, no sabía cómo puñetas reaccionar a todo lo que estaba viendo.

Mi ira iba en aumento, al igual que mi desconcierto. No quería ver más, así que me aparté de la ventana y la cerré en un acto de cobardía. Me tapé los ojos, que empezaban a inyectarse en sangre de la rabia. Seguía escuchando las voces de mi padre, que no paraba y cada vez estaba más molesto con la situación.

—¡Levántate! —volvió a gritar—. ¡Levanta, te he dicho!

Imaginé cómo la cogía del brazo porque no dejaba de quejarse.

—¡Suéltame! —suplicó ella—. ¡Por favor!

La oí llorar y llorar.

—¡Sube al coche! —le dijo con exigencia.

—Pero ¿qué coño te pasa? ¡Levántate y baja! —me dije en voz alta.

Corrí hacia la puerta, sin embargo, justo cuando llegué, ya había arrancado el coche de nuevo y los vi salir de la casa.

«¡Mierda, joder! Soy imbécil, ahora tendré que ir tras él. ¡Mierda, mierda!». ».

Entré en casa para coger el móvil y hacer una llamada, tenía que avisar a Luis. Marqué su número: un pitido, dos, tres...

—Cógelo, tío —susurré levemente.

Cuatro..., descolgó y no le dejé decirme una palabra:

—Soy Mark, no voy a poder ir. Mi padre se acaba de llevar a mi madre por la fuerza, ha llegado borracho. Tengo miedo de que pase algo. Voy a coger la moto y ver si les doy alcance.

Mi moto no era muy potente. Como todavía no tenía la edad, había sacado un permiso para una de 50cc que me compró mi padre hacía un año, aunque casi nunca la usaba. Era una Senda X-TREME 50SM/Supermotard-Derbi. Muy cómoda, aerodinámica, negra con detalles naranjas y las llantas a juego. Me encantaba, era mi juguetito y la tenía súper cuidada.

—Vale, colega. Tú tranquilo, no pasará nada, ¿vale? No hagas ninguna locura. Ya me contarás, chao —aseguró en tono preocupado.

—Chao —me despedí, con premura.

Fui corriendo a por las llaves y el casco y salí de casa cabreado, muy cabreado. Monté y arranqué para salir del patio derrapando. Iba pensando por el camino, con una furia arrolladora: «Pero ¿qué cojones le ocurre a mi padre? No entiendo nada. Siempre ha sido un padre normal, ejemplar. Le preguntaré qué le pasa».

Me dirigí a la autovía. Mi padre conducía su Mercedes-Benz Clase C negro, e intenté visualizarlo entre los coches que circulaban a esas horas por ella. Tardé diez minutos en localizarlo a lo lejos: me llevaba bastante distancia, así que intenté ir más rápido, pero mi moto no podía, no daba más.

«¡Qué bien me vendría ahora tener un caballito más potente!».

Lo vi adelantar a toda leche —o fue lo que me pareció— a dos camiones y... ¡Joder! ¡No, no, no, no!

Le culeó el coche, colisionó con uno de ellos, perdió el control del vehículo y, de pronto, mi corazón dejó de latir unos segundos que parecieron horas. Se detuvo el tiempo a mi alrededor. Dejé de percibir cualquier ruido ocasionado en la cercanía y vi aquella dantesca escena como si estuviera pasando a cámara lenta. Después, todo volvió a la normalidad, y distinguí el estruendo que surgía del coche en el que iban mis padres... Percibí hasta el más mínimo detalle: cómo frenó, cómo se salió al arcén, cómo se estrelló contra el quitamiedos... El Mercedes dio varias vueltas de campana y empezaron a desprenderse piezas de él que quedaron desperdigadas a lo largo del carril. Todo eso era lo que visualizaron mis ojos negros, ahora empañados en lágrimas.

Me acerqué despacio, solo quería despertar de aquel mal sueño de una maldita vez y, como si de una pesadilla se tratase, quedara en un gran susto.

Dejé mi moto en el arcén, mientras los otros coches iban reduciendo la velocidad, a medida que se

acercaban al accidente. A continuación, crucé corriendo para ver cómo se encontraban mis padres. Miré la escena y vi sangre por todas partes.

Los llamé histérico.

—¡Mamá! —grité—. ¡Mamá! ¿Papá? ¿Estáis bien? —voceé con angustia; una angustia que me hizo el corazón añicos.

No obtuve respuesta y mis sospechas se confirmaron, todo era cada vez más real. En aquellos momentos solo se me ocurrió llamar al 112. Me temblaban los dedos y casi no atinaba a marcar.

—112. ¿En qué podemos ayudarle? —me contestó una chica con una voz tan dulce que parecía tranquilizante, pero para mí, en este momento, nada lo era.

—Oiga, verá: se ha producido un accidente muy grave en la autovía A-3, cerca de la gasolinera. Son mis padres, por favor, envíen una ambulancia inmediatamente —le dije en un estado de ansiedad absoluta y nerviosismo.

—¿Cuál es su nombre para dirigirme a usted? —Ella seguía preguntándome tan tranquila, como si no acabara de escucharme.

—Oiga, hay mucha sangre. ¡Envíe una ambulancia ya! ¿Qué coño importa cómo me llamo, joder? —Colgué con rabia contenida.

Me quedé esperando con el móvil en la mano, sin saber cómo reaccionar, mirando la escena impotente, porque no podía hacer absolutamente nada; no podía